

4º D. CUARESMA. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 9,1-41.

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento.

escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo:

-Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).

Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban:

-¿No es ése el que se sentaba a pedir?

Unos decían:

-El mismo.

Otros decían:

-No es él, pero se le parece.

El respondía:

-Soy yo.

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. (Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos.) También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista.

Él les contestó:

-Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.

Algunos de los fariseos comentaban:

-Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.

Otros replicaban:

-¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego:

-Y tú ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?

Él contestó:

-Que es un profeta.

Le replicaron:

-Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?

Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo:

-¿Crees tú en el Hijo del hombre?

Él contestó:

-¿Y quién es, Señor, para que crea en él?

Jesús le dijo:

-Lo estás viendo: el que te está hablando ése es.

Él dijo:

-Creo, Señor.

Y se postró ante Él.

JESÚS, QUE YO PUEDA VERTE

«Somos ciegos». Apenas llegamos a ver la superficie de las personas, de las cosas y de los acontecimientos. Tenemos dificultades para ver su verdadera y profunda realidad, la realidad del corazón, la realidad de Dios. «El corazón de la vida se nos escapa». Nos creemos muy lúcidos, pero somos ciegos y esta es la peor ceguera. «No saber» que somos ciegos.

Somos ciegos para ver los «acontecimientos». Los contemplamos como algo rutinario o fortuito. A lo sumo los admiramos o nos sorprendemos de ellos, pero sin que nos dejen huella alguna. ¿Acaso nos dejamos interpelar por los «acontecimientos de cada día», sean grandes o pequeños? ¿Qué veo detrás de una «lágrima»?

Las «cosas» nos fascinan. Las convertimos en nuestros «ídolos personales». Hacemos un fin de lo que es un medio. No vemos en ellas el «secreto» que encierran. No son solamente algo para usar, consumir o almacenar. Las cosas, para el que sabe ver, se pueden convertir en algo sagrado. Demasiadas veces, el regalo de un amigo o la prenda de un ser amado, se convierten en memorial y signo de presencia. Decía Pascal que «en cada gota de agua hay más de Dios que de agua».

A las «personas», muchas veces las vemos y las tratamos tan superficialmente que las convertimos en cosas. En ocasiones la persona es un número, un voto, en definitiva, un «ser anónimo». Otras veces es, simplemente un rival a vencer o un enemigo a aplastar.

Somos muy torpes para vislumbrar realidades tan importantes como **«Dios, el prójimo y nosotros mismos»**. Por ello, Jesús nos invita a **«nacer de nuevo»**, a reencontrar la realidad con unos ojos limpios, con una mirada profunda. Ser cristiano es entrar en una **«iluminación progresiva»**, en una amistad cada vez más profunda con Jesús.

Hoy el Evangelio nos presenta a un **«ciego de nacimiento»**. Sólo de oídas conoce la luz. Sólo por el tacto conoce las cosas. Sólo por la palabra conoce a las personas.

«Al pasar Jesús vio a un hombre ciego». **«La iniciativa de la salvación parte de Jesús»**. El ciego no podía verle. No es, pues, el ciego el que pide la luz. **«Es la luz la que se ofrece al ciego»**. La luz que se acerca a las tinieblas. Sí, hoy se nos ofrece esa **«Luz»** que nos quiere iluminar en estas sombras del coronavirus. ¿Desde dónde vivo, vivimos la situación actual?

«Le untó en los ojos con barro». Jesús nos pone delante de nuestros pecados. Extraña medicina. Para curar la ceguera le embarra los ojos. Al que vive en la tiniebla, más oscuridad. **«Dios actúa salvíficamente en el culmen de la crisis»**. Cuando parece llegarse al límite de la desesperación, ahí actúa Dios, cuando alguien palpa el límite de su incapacidad, entonces Dios tiene palabras de socorro.

«Lávate en la piscina de Siloé». No es un agua cualquiera. Es el agua del Enviado. Es el agua que brota del corazón de Cristo. Es el agua del **«Espíritu»** y la piscina es la **«Iglesia»**. Lavarse en la piscina de Siloé, es sumergirse con Cristo en el seno de la comunidad.

La curación del ciego es **«progresiva»**. Primero ve a los hombres, después verá a Jesús. Luego reconocerá a Jesús como profeta. A continuación, lo verá como Mesías y finalmente, **«dará testimonio»** de Jesús sufriendo persecución por Él.

El evangelista Juan va narrando muy despacio el **«proceso de la fe»**. Al principio, todos ciegos. Al final, uno curado y muchos ciegos. El ciego sale de la noche: **«¡Creo en ti Señor!»** y los judíos se sumergen en la noche: **«Ese Jesús es un pecador»**.

Estamos ante **«un ciego maravilloso»**, patrono de los que buscan la luz. **«Sigue al pie de la letra las indicaciones de Jesús»**, sin dejarse asustar por los que **«saben»** y, además, bromeando con ellos cuando los demás tiemblan. Es clara su determinación, **«cree en Jesús»**.



El horizonte que se le abre es indescriptible. **«Su manera de ver el mundo ha cambiado radicalmente»**. Su vida, anodina y dependiente, **«está ahora llena de sentido»**. Pierde todo miedo y comienza a ser él mismo, en su interior y ante los demás.

«La luz brilla en la noche, pero la noche no capta la luz». Los fariseos son el prototipo de quienes **«no pueden ver»** porque son prisioneros de unas creencias a las que se adhieren con tal

intransigencia que les impide ver las cosas como son. Por el contrario, Jesús es acogido con alborozo por **«los pecadores»**, esos ciegos que son conscientes de su ceguera, esos que desean ser liberados por Dios. Por eso Jesús constata esta realidad: **«Los ciegos ven y los que ven se hacen ciegos»**.

No digamos, pues, yo sé o yo veo. Lo que debemos es **«intentar acoger la Luz que se nos ofrece»**, intentar ver, luchar y trabajar para ver, para **«conocer a Jesús»**. Todos somos ese ciego a quien **«Jesús da ojos para verle»**, por eso, hasta el último momento de nuestra vida, no dejemos de repetir esta oración: **«Jesús, tú eres la Luz, que yo pueda verte»**. ¡Que así sea!